

Juan Ramón Molina Poeta Gemelo de Rubén

Por Miguel Angel Asturias.

Juan Ramón Molina, el poeta gemelo de Rubén, es casi desconocido en Suramérica. No figura en los textos de preceptiva literaria, no se ven sus poemas menudamente publicados, ni se oye que sazonen sus acentos los menús líricos de los que dicen versos. Piadoso olvido en el que paradójicamente lo quisieron dejar, por ser singularmente pobre lo que se escribe de los poetas en los textos escolares, más triste cuando sus nombres se usan para llenar vacíos tipográficos en revistas de dudosa publicidad y a desesperar si el que recita destroza los poemas.

Recordado por nosotros ya no volverá al olvido. Eso sería la condición que antes debemos establecer. Que salga Juan Ramón Molina del olvido, que vuelva a estar presente su cepa tierna, aérea, vegetal, del trópico, tal como él lo presumía y lo dijo alguna vez:

*Pero mi obscuro nombre las aguas del olvido
no arrastrarán del todo; porque un desconocido
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,
recordará mis versos con noble simpatía,
mi fugitivo paso por la tierra sombría,
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.
Tal fui porque fui hombre, oh soñador ignoto,
pálido hermano mío, que en porvenir remoto
recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.
Que el aire vespertino refresque tu cabeza,
la música del agua disipe tu tristeza
y yazga eternamente, bajo la tierra, yo!*

Juan Ramón Molina nació en Centro América a la sombra de los pinos de Honduras, en la ciudad de Comayagüela, el año de 1875, de padre español y madre mestiza. Escribió sus primeros versos en Guatemala, hacia 1894-95, donde se graduó de bachiller.

Su vida se extinguió súbita y prematuramente un atardecer del 2 de noviembre de 1908. Murió en la ciudad de San Salvador, murió del corazón decía el parte médico, debido a los excesos de alcohol y morfina. Pero cuánto más justo sería decir que el poeta moría exilado, en aquella sociedad materialista en la que los seres que consagran la vida al espíritu, no valen nada.

Nace en Honduras, vive en Guatemala, muere en El Salvador, citas geográficas que deben ampliarse con datos para una geografía de la flora, el clima, los ríos, los volcanes, las mariposas, los mitos aborígenes, las fumarolas de suelos siempre en trance de formación a orillas de majestuosos lagos, los pinos en los que el verde silente de la tierra habla con el azul silente de Dios, todo lo que en fin, es Centro América.

Rubén Darío y Juan Ramón Molina son también parte de esa geografía caprichosa, poetas gemelos saturados del sentido poético de la tierra centroamericana, donde la naturaleza toma la metáfora y la hace carne de reflejo, el caimán antoja el esqueleto de un verso ancestral y el Momotombo, padre de una familia de volcanes, se alza "lírico y soberano", como en el poema de Darío:

*Señor de las alturas, emperador del agua,
a sus pies el divino Lago de Managua,
con islas todas luz y canción.*

Si tomamos una carta geográfica de América observaremos que la gran masa continental del Norte, al llegar a Guatemala, donde empieza la América Central, quiebra su unidad, se estrecha, se hace caballito marino corcovador, igual que si al desparramarse la arcilla ardiendo, en el momento de la formación de la tierra hubiera sufrido una sacudida tan violenta en su desesperado horror ante el vacío, hubiera querido agarrarse al cielo quedando sus manos como cumbres perdidas en las nubes.

En forma aún más gráfica se fijará este aspecto de la tierra centroamericana, si imaginamos un país construido como una ciudad de rascacielos, rascacielos de cumbres donde para moverse no hay que cubrir extensiones inmensas, sino descender o ascender casi verticalmente. Un viajero que se hallara en las alturas, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, toma un automóvil y desciende, igual que en la cabina de un ascensor, por entre bosques de pinos, terrenos riscosos, riachuelos y praderas, hasta la costa en menos de tres horas, movilidad que permite al habitante el cambio de clima, de atmósfera,

de mundo, con sólo subir o bajar, lo que se refleja en la versatilidad de sus poetas y especialmente de Darío y Juan Ramón Molina.

El paisaje no tiene secretos para ellos “y esto pasa al amor del puerto de Cointo o en la rica en naranjas de Almíbar, Chinandega”, nos dirá Rubén y agregará Juan Ramón:

*Inmensos llanos de fragante grama
que un sol canicular tuesta y agosta,
donde pasé, cogiendo florecillas,
dulces instantes de mi infancia loca.
Monte florido que a su falda agreste,
atada con las lianas trepadoras,
se alza una cruz, en la que puse un día
ramos de pino y rústicas coronas.*

Cabe explicar, volviendo al tema de la conmoción terráquea de la primera hora, que el agua y el fuego, por no dejarse desalojar por completo, anidaron en los lagos y volcanes tantos que no se pueden contar. El viajero no tiene tiempo de fatigarse del panorama, porque si no encuentra a sus pies un espejo de esmeraldas, en que las espumas simulan batallas de plumas y cristales, topan sus pupilas conos volcánicos tan perfectos que hacen olvidar su amenaza misteriosa y terrible, por la emoción estética que producen. Y a los lagos y volcanes agregándose ríos de largo metraje que van al Atlántico y otros que violentamente se hunden en las olas del Pacífico.

Mares próximos y lagos y ríos incontables, envuelven la tierra centroamericana en una campana de luz reflejada, ambiente lumínico tan especial, que podría llamarse mágico, si en verdad no fuera mágico, ya que los seres y las cosas se ven bañados en claridad de espejo. El color y la línea no se perciben en forma directa, sino a través de un velo luminoso y transparente, formado por la luz del sol, que se refleja en la atmósfera al chocar con el agua de mares, lagos y ríos, característica muy importante de señalar, porque influye en las temperaturas de esos cuerpos celestes como Rubén y Juan Ramón Molina, que se llaman poetas.

La luz de Centro América es la misma luz de Grecia, pues una y otra nacen de una misma intimidad de agua y tierra, y acaso se deba a esta semejanza el que poetas como Darío y Juan Ramón Molina, el tema griego ocupa lugar principal herido en forma directa, o se siente en sus estrofas, circulando internamente.

Juan Ramón Molina dice a Darío, en un soneto:

*Délfico augur, hermético y sacro hierofante
que oficias en el culto prolífico de Ceres,
que azuzas de tus metros la tropa galopante
sobre la playa lírica y argenta de Citeres:
tu grey bala en las églogas del inmortal idilio,
tu pífano melódico fue el que tocó Virgilio
en la mañana antigua de alondras y de luz...*

No me detendí en citar poemas rubenianos inspirados por Grecia, son tantos y tan conocidos, pero sí lo haré con un soneto de Juan Ramón Molina, titulado "Pesca de Sirenas":

*Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a su orilla.
Propicio es el momento, porque la vieja luna
como un mágico espejo entre las olas brilla.*

*Han de venir hasta esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,
y cantarán en coro, no lejos de la duna,
su canto, que a los pobres marinos maravilla.*

*Penetra al mar entonces y pesca la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querrela
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol*

*la mirará mañana —entre mis brazos loca—
morir —bajo el divino martirio de mi boca—
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.*

Darío y Juan Ramón Molina no hubieran podido manejar la luz como la manejan, como circula en sus poemas, si no hubieran nacido en Centro América, porque, ¿qué puede darse de más poético, que este mundo oculto y presente en la luz, de lo que no es sino sol, devuelto en reflejo por una superficie luminosa?; ¿qué puede ser más carne de poesía que la realidad en que se vive en esa luz irreal, fantasmagórica, propia para gente que sueña con los ojos abiertos?

Rubén pide ser citado:

*La bahía unifica sus cristales
en un azul, de arcaicas mayúsculas
de los antifonarios y misales.
Las barcas pescadoras estilizan
el blancor de sus velas triangulares
y como un eco que dijera: "Ulises"
junta alientos de flores y de sales.*

Pero la relojería interna de estos cantores tiene ruedecillas simbolistas, se valen de símbolos para decir ciertas cosas, y esta raíz honda, sabia de savias ancestrales, debe buscarse en sus orígenes, en el remoto antecedente racial, ya que sus antepasados, veinte siglos atrás, se habían valido de signos ideográficos para expresarse simbólicamente.

La influencia de los simbolistas franceses, tan notorio en Darío y en Juan Ramón Molina, musicalidad verbal en la que se confunden, en ademán de verso libre, colores y perfumes, tenía en ellos un antecedente americano, ajeno por completo a Europa, en sus abuelos los rápsodas, en sus abuelos los Netzehualcoyotls, en sus abuelos que fraccionaban en símbolos poéticos el mundo para hablar de los dioses, la tierra y la mujer.

Esta afirmación de los orígenes simbolistas de poetas, tan hermanos en la correspondencia fulgurante, les devuelve toda su personalidad americana, emiquecida, como bien se entiende, por la cultura occidental, elevada en categoría por los aditamentos de la lírica europea, pero explicable sin ésta, perfectamente explicable dentro del propio corazón del suelo, en que el sentido pagano de la vida subsiste más que en ningún otro sitio porque circula entre los elementos caudalosos.

*Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos,
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.*

Este grito de Darío parece surgir como un grito tropical, detrás de la molienda de caña de azúcar, entre los triturados manojos de las cañas que el poeta veía como flautas de pan, mordidas para extraer de ellas, no la miel del sonido, sino el dulzor del jugo.

Alguna vez se agotó la discusión del "tropicalismo" en literatura.

Se llamaba poetas tropicales, a los poetas que creían interpretar la naturaleza de la zona tórrida con abundancia de palabras, propio co-

ronado por el laurel académico: pero este concepto fue rectificado, porque de esta clase de poetas tropicales, por rípidos, los hay en todas partes.

La mesura que tutela a poetas tropicales como Darío y Juan Ramón Molina, es prueba de que lo excesivo no caracteriza lo tropical. Lo tropical, si algún significado tiene dentro de estas clasificaciones artificiales, podría explicarse en relación con las imágenes que dichos poetas emplean; relámpagos que tras de alumbrar internamente, se detienen en la superficie del verso para llegar a lo sensible en sonido verbal palpitante, sin altisonancias.

Lo tropical así concebido es ese íntimo engranaje imaginativo, que sorprende porque su novedad desencadena en el lector, una serie de movimientos nuevos de pensamiento o emoción. Hay una intimidad de pulpa sazónada en esta poesía de cáscara gozosa, y un secreto milagro de penumbra que es como alfombra en aire dorado. El valor de la fruta está adentro, pulpa y perfume, así los valores de la poesía tropical existen ocultos bajo la superficie llena de colorido.

El color de las frutas tropicales, rojas, amarillas, verdes, negras, moradas, no es, con todo y su belleza primaria alucinante, lo mejor de la fruta, como en la poesía de los poetas centroamericanos el ascua del lenguaje, vario y lleno de color, es sólo un alarde plástico. Dentro están los jugos, las esencias, la carne en espíritu agonioso de pasar tan ligero por un mundo hecho para ser gozado eternamente, en una semi-ebriedad de los sentidos en el duermevela de la luz soñada por grandes lagos, mares, bahías, ensenadas y pequeñas lagunas formadas en los cráteres mismos de los volcanes, como lentejuelas. Y la prueba de que lo tropical no es desbordamiento de palabras, sino movimiento de recreación de ese mundo con precisa geometría, la plena prueba la tenemos en un poeta centroamericano del siglo XVIII.

Hace dos siglos, Rafael Landívar, nacido en Guatemala en 1731, formado en Guatemala, donde se ordena, vive sus años mozos, abandona el país al decretarse el exilio de los jesuitas por Carlos III, y se dirige a Bolonia; y en Bolonia escribe su famoso canto en hexámetros latinos "Rusticatio Mexicana", que a juicio de don Marcelino Menéndez y Pelayo es la obra cumbre de la latinidad moderna.

Pues bien este Virgilio americano o segundo Virgilio como se le llama, empleó el divino idioma para describir y loar la vida del trópico y sus versos son gajos jugosos de las tórridas tierras en que vivió, del gozo pagano que rodeó sus ojos, igual que a Darío y Juan Ramón Molina. Y no se crea que es de la descripción de las escenas campesinas en Guatemala y Méjico de donde únicamente nace el tro-

picalismo de este poeta latino tropical dieciochesco, sino de la válida presencia, en añoranza filtrada, de sus imágenes y el movimiento del poema a través de sus quince hermosos cantos, que arranca con aquel primer verso de corte romano:

Salve, cara parens, dulcis Guatemala, Salve! . . .

Pero también podría caracterizarse lo tropical en literatura, por la presencia de la muerte, no como final del ser, sino como paso del ser a otras sustancias vivas, por lo mismo que en el trópico todo parece quemarse en ardor diurno y nocturno. Millares de insectos nacen cuando se oculta el sol, vibran hasta la aurora y con el primer claror del alba caen como semillas. Plantas y animales, todo se quema en la llama circundante, absoluta, en que la muerte no tiene tiempo para enfriar los cadáveres, porque tibios se transforman en flores

*Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder
como en un cáliz de cristal
en la mujer,
y en todas partes la que ama
y se consume
como en una flor hecha de llama
y de perfume.*

Y de esta cambiante posibilidad del ser tan unida a la vida tropical, Juan Ramón Molina, nos dice en su poema "Metempsychosis":

*Del ancho mar sonoro, fui un pez en los cristales
que tuvo los reflejos de gemas y metales.
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,
las brisas salinosas, los vívidos corales.
Hoy (convertido en hombre por órdenes oscuras)
siento en mi ser los gérmenes de existencias futuras.
Vidas que han de encumbrarse a mayores alturas
o que han de convertirse en génesis impuras.*

"El horror de sentirse pasajero —expresará Darío—, el horror . . .", y Juan Ramón Molina pedirá "el goce del olvido profundo en la almohada . . ." cercados, no en torres de marfil, sino en torres humanas, por plantas, por ciudades, por mares, por estrellas y por la misma muerte, no como muerte, porque hasta la muerte tiene vida.

Juan Ramón Molina pregunta:

*O descendido en breve (por secretas razones)
de la celeste vida todos los escalones,
aguardaré, en el limbo de largas gestaciones,
el sagrado momento de nuevas ascensiones?*

A cada momento el poeta hondureño unta nuestros ojos con retazos de ese panorama tropical en que hasta muerte repetimos es viva muerte.

*El sol incendia el suelo y el bochorno
cuélase entre los troncos y zarzales
como el aliento cálido de un horno.
Duermen las aves de irisadas plumas
y van por los tupidos carrizales,
ágiles tigres y ligeros pumas.*

Pero a Juan Ramón Molina como a Darío, no le basta la visión inmediata, joyosa, atacada de frente por la pupila que la capta, por la piel que la siente al través del aire cálido, por todo el ser del poeta sumergible y sumergido en un mundo real, que por la luz es irreal.

No le basta y por ello busca la evasión enmarañándose la frente con símbolos que lo dejan cautivo de lejanos mundos:

*Yo me quedo muy solo apacentando penas,
cazador de tragones, pescador de sirenas,
Jasón de un vellocino que no he de conquistar,
Estrellas: sed propicias al hombre peregrino;
Eolo: conducidle a su feliz destino;
Sirenas: ocultaos en el profundo mar.*

Vamos, pues, encontrando en Centroamérica, para Darío y Juan Ramón Molina, la raíz de su helenismo o mundo de ficción, al que se trasladan por su ancestral inclinación a tener dioses, lo que ahora llamaríamos, complejo de mitología.

Helenismo periférico, porque en el interior, en lo más íntimo de su poesía están de cuerpo entero, inmortales y presentes, las divinidades nativas.

Ahí donde nacieron, ahí donde vivieron su niñez, adolescencia y juventud, vaciaron en aguas milagrosos su paganismo para dar nombres griegos a sus dioses americanos

Me atrevería a decir que el fenómeno luminoso, en el que intencionalmente insisto y ese cercano ancestro del indio sabio, pagano y culto, bastan para explicar sin recurrir a búsquedas afanosas la sensibilidad de estos poetas que llegaron a sentir como Byron, la nostalgia de Grecia.

Para ellos, gemelos de la luz, era más vistoso hablar de Zeus que de Quetzalcoatl, de Marte que de Huitzilopostli, de Venus que de Smucané. No se había iniciado en América todavía la reivindicación de los temas americanos. Nuestras letras vagaban, en el falso mundo de las aproximaciones a otras culturas, ocultando lo propio por ignorancia o por vergüenza. Ahora conocemos orgullosos nuestro origen milenario. De haber ellos florecido en nuestro tiempo, quizá tanta Venus, tanto Eros, tanto Apolo, serían divinidades americanas de inmenso contenido amable.

También hemos encontrado en su país de origen —Centroamérica— la raíz más profunda de su simbolismo enriquecido por la escuela francesa, como enriquecidos habían sido por el clasicismo español, por el romanticismo, por el naturalismo, por el parnasianismo.

Si veinte siglos atrás sus abuelos magos fueron maestros en el hallazgo de figuras que en las escrituras ideográficas simbolizan, como en toda escritura, un instante de gracia, en trance de pensar, después de haber descubierto por una relación íntima del creador, algún nuevo mundo, ¿qué de extraño tiene que Rubén y Juan Ramón Molina hayan llevado en la sangre el don de la poética que emplea el símbolo?

*Mar armonioso,
mar maravilloso,
de arcadas de diamantes que se rompen en vuelos
rítmicos, que denuncian algún impetu oculto
espejos de mis vagas ciudades de los
blanco y azul tumulto
de donde brota un canto
inextinguible,
mar paternal, mar santo,
mi alma siente la influencia de un alma invisible...*

Y a Darío se une Juan Ramón Molina en aquellas estrofas de amagos simbolistas:

*Qué tarde te hallé en mi camino,
en la ruta sin fin de mi Sahara,*

*donde voy —trashumante viajero sin rumbo a mi guía—
 con mi alforja de penas y obscuras nostalgias
 apoyado en báculo, inútil y viejo,
 sangrientos los pies en las rotas sandalias,
 sin ver a lo lejos un pozo perdido
 a la sombra de alguna palmera lozana,
 donde fuera a beber unos sorbos benéficos de agua,
 o a probar del racimo de dátiles negros
 que esconden las frescas y fértiles ramas,
 olvidando los soles candentes,
 La polvosa y eterna llanura incendiada,
 los lívidos huesos sembrados en torno,
 la angustiosa marcha,
 los fieros chacales que acechan mi paso nocturno
 con ojos que tienen el fulgor de las ascuas. .*

Pero volvamos a lo tropical que en Darío y Molina es como el movimiento que forma la línea curva muy propia del paisaje centroamericano. La montaña de líneas ondulantes que parece reptar en lo curvo del horizonte, exigió al arquitecto y escultor de las edades remotas, por razón de ritmo, de vibración, de gracia, el uso de esta línea casi aérea, en sus monumentos y en la decoración de sus murales pintados al fresco o esculpidos en bajorrelieve, exigencia geométrica que se prolonga a la época de las edificaciones españolas, cuyas cúpulas en las iglesias, son miniaturas de montañas y cuyas decoraciones hasta en la sangre de los Cristos tallados por los imagineros mestizos, repiten ondulaciones de agua salpicada.

Pero sabremos más si observamos que esa persistencia de la línea curva en el paisaje, corresponde en el mundo poético, álgebra y masticación, a la sensualidad de poetas que como Darío y Juan Ramón Molina, parecen estar bajo el signo de Eros. Las curvas auditivas —abanicos en las colas de los pavos reales, lunas en las espumas luminosas, sales en las culebras de fuego, sueños en los árboles doblegados para rendir el fruto— son como el eco de las curvas visuales de sus versos, de las curvas sensuales de sus pasiones amorosas.

*Y he de besarla un día, con rojo beso ardiente,
 apoyada en mi pecho como convaleciente,
 me mirará asombrada con íntimo pavor;
 La enamorada esfinge quedará estupefacta;
 apagaré la llama de la vestal intacta
 y la faunesa antigua me rugirá de amor!*

En lo sensual de este soneto de Darío ("Ite, Missa Est"), como en otros de Juan Ramón Molina, se aprecia que esta inclinación a lo erótico, que para muchos era privativa de Rubén, más parece ser una atmósfera poética correspondiente a la época y en relación íntima con el medio en que vivieron, tal y como podía señalarse en la prosa sensual de Enrique Gómez Carrillo, nacido también en Centroamérica.

Por el camino de los sentidos se perdieron en la carne usada de la mujer del mar, en la profundidad presente de la mujer carnal, pero sin el desenfreno, sin la pasión torpe, sin la brama de la bestia enloquecida por urgencias cósmicas, con la gracia sosegada de la línea sin peso, la misma que hace que el paisaje tenga suavidad de cabello.

Y aunque don Juan Valera poco entendió este trascurso de Darío, en el prólogo de Azul, habla de su sensualidad como de un impulso religioso.

Y de esta limpia sensualidad, en que la sacudida del trópico pesa sobre los párpados como el bochorno carnal que se se llega al alma, también hay señales en la obra de Juan Ramón Molina:

*Tengo en los labios tímidos —en esos
labios que fueron una rosa pura
la señal dolorosa de mil besos
dados y recibidos con locura,
en dulces citas en innoble orgía
cuando, al empuje de ímpetus fatales,
busqué siempre la honrosa compañía
de los siete pecados capitales;
y era mi juventud en su desgaire,
como un corcel de planta vencedora,
que se lanzaba a devorar el aire,
relinchando de júbilo a la aurora.*

Pero esta mujer de carne, un día viva, se diluye en la naturaleza y Juan Ramón Molina la oye entonces en su "Río Grande de Honduras":

*Lejos de estas montañas en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de tu amada mujer,
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,
con tus morenas garzas, innobles y hieráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.*

*¿Qué dicen los polífonos murmullos de tus linfas?
 ¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?
 ¿Pan tañe en su espesura su flauta de cristal?
 Oigo suspiros suaves... gimen ocultas violas...
 alguien dice mi nombre desde las claras olas
 oculto en los repliegues del líquido cristal*

Y de la mujer-naturaleza pasa Juan Ramón Molina a la mujer-
 ensoñación de los festines, aquella que...

*Es la sangre de todas las beldades,
 víctimas del acero y su destino
 en la guerra sin fin de otras edades.
 No extrañéis que, al pensar en sus despojos,
 cuando se suba a mi cabeza el vino,
 viertan algunas lágrimas mis ojos.*

Y de esta beldad de los festines avanzando lo negro de sus ojos
 para enlutar el cielo, cae Juan Ramón Molina en una luctuosa sensua-
 lidad al identificarse con la madre a la melancolía, en un soneto im-
 ponderable.

*A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
 he de vivir pegado, con secreta amargura,
 porque absorbí los éteres de la filosofía
 y todos los venenos de la literatura.*

*En vano —fatigada de sed el alma mía—
 sueña con una arcadia de sombra y de verdura,
 y con el don sencillo de un odre de agua fría,
 y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.*

*Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo
 mezclado sutilmente en mi espíritu llevo
 como el extracto de una fatal sabiduría.*

*Conozco ya las almas, las cosas y los seres,
 he recorrido mucho las playas de citeres...
 Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!*

Gemelos de la tierra, de la misma tierra, Nicaragua y Honduras
 son Centroamérica, ambos cantan a los pinos. Darío:

*Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente
yo os amo. Sóis dulces, sóis buenos, sóis graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.*

y Juan Ramón Molina en tono menor:

*Oh pino, oh viejo pino de mi tierra,
que del monte en la cima culminante,
alzas tu copa rumorosa y verde
meciéndote al impulso de los aires.*

Y ahora ingenuo y evocador Daíño:

*Qué alegre y fresca la mañanita.
Me agarría el aire por la nariz,
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra, muele maíz.*

*Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral,
otro con caítes y sin sombrero
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.*

Y evocador y melancólico, el poeta de Honduras:

*Ya descendió la noche silenciosa
cubriendo con su sombra la sabana
y óyense allá a lo lejos los mugidos
con que llenan los vientos las vacadas.*

*Del fondo de los negros precipicios
—surgen los viejos pinos cual fantasmas—
y al rumor del galope del caballo
se estremecen las breñas azoradas*

Gemelos de la muerte que en esas latitudes es un visible cambio de forma sin más pausa que la que tiene el horno para alzar la levadura, Juan Ramón Molina viene de abanderado en la guerra contra

la muerte con sentido de sombrío final y su bandera son seis versos hendidos para hacer dos tercetos:

*A ese ilusorio cielo una implacable guerra
 conmigo mueve, hermano. Conmigo ama la tierra,
 la carne, el vino, el oro que abominaron los
 anacoretas locos. Ama la vida fuerte,
 pon en fuga conmigo a la amarilla Muerte
 Y dos hombres de veras hemos de ser los dos!*

Darío en su lucha contra la muerte no la ve como punto de llegada, sino como camino y entiende un retazo de bandera en aquel terceto:

*En medio del camino de la vida...
 dijo Dante. Su verso se convierte:
 en medio del camino de la muerte.*

Y no es que Darío varíe la concepción de Dante, al decir: "En medio del camino de la muerte", es que para él la muerte al ser la continuación cambiante de la vida, tiene también su mitad de camino, y apoyando nuestra interpretación el mismo Darío al hablar de la muerte, la despoja de sus atavíos fúnebres y nos confía:

*La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
 ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
 Es semejante a Diana, casta y virgen como ella,
 en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
 y lleva una guirnalda de rosas siderales.*

Pero también fueron gemelos en las formas verbales, al tratar estos temas, por ejemplo:

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
 y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
 pues no hay mayor dolor que el dolor de ser vivo,
 ni mayor pesadumbre que la vida consciente...*

El mismo acento de Darío sin variante lo encontramos en Juan Ramón Molina:

*Ser del todo insensible como la piedra dura
 y no tallado en una doliente carne viva
 de nervios y de músculos. O ser como la hiedra
 que extiende sus tentáculos de manera sensitiva.*

¿Conoció Juan Ramón Molina “Lo fatal” de Darío, antes de escribir su poema “Anheló Nocturno”, o se trata de una simple coincidencia? Sería cuestión de establecerlo, aunque bien pudo ocurrir que durante el tiempo que estuvieron juntos en el Brasil, se hubieran comunicado ese tema de inspiración. Y de este viaje al Brasil, surge la mayor hermandad entre ellos.

Y siguiéndole en sus temas, antes que la “Salutación al Aguila” de Darío, Juan Ramón Molina compuso “Aguilas y Cóndores”, poemas que son el alerta de dos grandes visionarios, pero Molina esta vez supera a Rubén:

*Portaliras ilustres de nuestro Continente,
miremos el futuro con ojos de vidente,
con ojos que irradiasen —de sus cuencas sombrías—
la luz de las más grandes y fuertes profecías,
la luz de Juan —con su águila y su delirio a solas—
frente al eterno diálogo de las convulsas olas,
que oyeron bajo un cielo de horror y cataclismo
las cosas que le dijo la lengua del abismo.
Voces de Dios: hipérbolas, parábolas, elipsis,
que truenan en el antro del negro Apocalipsis!*

*¿Hermanos no seremos en la América?
Todos nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,
que rige los ijares de su salvaje potro
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,
cual si quisieran ambos —hinchidos de arrogancia—,
suprimir el obstáculo del tiempo y la distancia.*

*¡Razas del nuevo Mundo! Pueblos americanos:
en este Continente debemos ser hermanos,
bajo el techo de estrellas de nuestro Eterno Padre,
la madre de nosotros es una misma madre,
es una misma Niobe, que nos brindó su seno,
de calor y de leche y de dulzura lleno,
inagotable seno cuyo licor fecundo
dará la vida a todos los huérfanos del mundo.
Que la discordia huya de esta fragante tierra;
cerremos las dos puertas del templo de la guerra,
en el Tártaro rueda la caja de Pandora.
¿Acaso no nos alumbra una feliz aurora?*

Ha llegado para estos poetas hermanos en la tierra, el tiempo y el arte la hora de las anunciaciones. Del norte y del sur avanzan fuerzas contrarias. Ellos, poetas, están al centro, hijos de pueblos ligeros e indefensos; pero en sus puños de proféticos caminos en los dedos, tratan de fundir los dos alientos de América, el del sur y el del norte, en uno solo.

Y es esta presentida realidad de la unidad americana en formación, cuyas fuerzas no son contrarias al entendimiento —ya que una cosa es la América del Norte de Lincoln y Walt Whitman y otra la de los imperialistas de Walt Street—, es lo que anuncian en sus cantos estos pararrayos celestes.

En Río de Janeiro los dos poetas se encuentran en 1906, como delegados al Congreso Panamericano, y al separarse ya el destino los ha marcado: a Rubén lo escogen los hados para el gran mundo y a Molina para la intimidad del álbum. ¡Sin embargo, qué universales en sus concepciones, qué completos en sus realizaciones líricas, qué humanos!

Juan Ramón Molina en su “Salutación a los Poetas Brasileños”, evidencia lo que habría sido capaz de realizar de haber vivido más allá de los 33 años:

*Con una gran fanfarria de roncós holifantes,
con versos que imitasen un trote de elefantes
en una vasta selva de la India Ecuatorial,
quisiera saludaros —hermanos en el duelo—
en las exploraciones por la tierra y el cielo,
en el martirologio de los circos del mal.*

*Mi pegaso conoce los azules espacios.
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,
el Rubio Apolo y Marte cabalgaron en él,
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,
se abreverá en las aguas de vuestro sacro río,
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel.*

Y luego de explicar los varios elementos en que pudo venir agrega:

*Mas en pegaso vine desde remotos climas,
—señor, príncipe, rey o emperador febril,
¡Salve! al coro de anfiones de estas tierras fragantes!
¡A todos los Orfeos de un país de diamantes!
¡A todos los que pulsan su lira en el Brasil!*

*Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica,
saludamos la gloria de la futura América,
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones
para que baje el ángel celeste de la paz!*

*Augurio de ese día se ve en el horizonte.
Hoy tres aves volaron desde el florido monte,
yo las miré perderse en el naciente albor,
un cóndor —que es el símbolo de su fuerza bravía—
un buho —que es el símbolo de la sabiduría—
y una paloma cándida símbolo del amor.
Dijo el Cóndor gritando la unión de la victoria,
el buho, en un silbido: el saber da la gloria,
la paloma en su arrullo, el amor da la fe.
Yo —que escruto el enigma de nuestro gran destino—
ante el casual augurio del cielo matutino,
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.*

*Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo
gallardamente salto en un instante, como
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?
Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,
en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur.*

Y hacia allí había volado Juan Ramón Molina, y aquí lo evocamos amparados bajo su signo.

La obra del poeta hondureño fue reunida no sin muchas dificultades, por Froylán Turcios, quien la publicó en 1913 bajo el título de "Tierras, Mares y Cielos". Una nueva edición valiosamente enriquecida se hizo después en la "Colección de Clásicos del Istmo Centroamericano", que realizó el gobierno de Guatemala, por personal empeño del entonces presidente Juan José Arévalo.

Hombre, conoció Juan Ramón Molina los halagos de la vida, viajó a Europa y Norteamérica, cuando volvió del Brasil a Honduras, su país, donde desempeñó el cargo de Subsecretario de Estado, época en la que fundó su hogar. Pero el poeta sin ser político era consciente de sus deberes ciudadanos y se rebela con la violencia de que es capaz el cordero que lleva en el alma un águila, contra uno de los tantos dictadorzuelos indoamericanos, un tal general de cuyo nombre no queda ni memoria.

Juan Ramón Molina no era el poeta blando y acomodaticio que con el pretexto de no entender de política cierra los ojos ante la realidad de su país. El que tenía en el alma encendido el tino, el que conocía los caminos que parten de los conos estelares de los pinos, abandona su clámide y viste uniforme de soldado, que con la pluma y el fusil lucha por la libertad, en una revolución que para él termina en el exilio, antes de su prematura muerte.

El mismo Juan Ramón Molina a quien Darío presentó en Río de Janeiro como el mejor poeta de Centio América, nos hace su biografía:

*Fué mi niñez como un jardín risueño,
donde —a los goces de mi edad esquivo—
presa ya de la fiebre del ensueño
vagué dolientemente pensativo.*

*Sentí en el alma un natural deseo
de cantar. A la orilla del camino
hallé una lira —no cual la de Orfeo—
y obedezco el mandato del destino.*

*Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado
estoy! No me conozco ni yo mismo,
tengo en los ojos, de mirar cansados
algo del miedo del que ve un abismo.*

Peró el poeta hondureño, centroamericano, americano, universal, dejó dicho que se marchaba hacia la Cruz del Sur y hacia allí había volado, cuando Rubén Darío, gemelo suyo en la fe en América, abría sus poema ecuménico con otro nombre símbolo de la nueva humanidad:

¡Argentina! Argentina, Argentina! . .

(Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad por invitación de la Directiva de AGEUS)